



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Ramírez Gallegos, Franklin

Conflictos, democracia y culturas políticas

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 15, diciembre, 2002, pp. 75-84

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901508>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Conflictos, democracia y culturas políticas

Franklin Ramírez Gallegos*

Este texto explora las relaciones entre conflicto político y democracia desde la perspectiva de las culturas políticas. Se trata de la construcción de un campo teórico-analítico que busca dar cuenta del conjunto de prácticas de significación y tramas de representación construido por la ciudadanía al rededor de eventos conflictivos en el ordenamiento democrático. Las páginas que siguen, que tienen como telón de fondo el estudio del conflicto desatado desde el 16 de enero de 1987 a raíz de la detención del entonces Presidente de la República en la base aérea de Taura, buscan colocar ciertas consideraciones sobre los estudios de la cultura política en el Ecuador y argumentar acerca del potencial analítico de los acontecimientos conflictivos para los estudios culturales de la democracia.

Trazos conceptuales

La opción por estudiar las culturas políticas a partir de su activación en/desde determinados conflictos políticos responde no sólo a la

sospecha de que es durante tales momentos cuando se intensifica la capacidad interpretativa de los ciudadanos y se desatan de modo público, sus prácticas, experiencias y repertorios de relacionamiento con la vida política - es decir, una elección que respondería a una particular estrategia investigativa- sino a la importancia que, desde un punto de vista teórico, tiene la relación entre conflicto y democracia.

En efecto, desde diversas perspectivas se ha planteado que la relación entre conflicto y democracia es tan estrecha que incluso es posible definir a esta última a partir de aquél. Una vertiente más institucional señala, por ejemplo, que la democracia es un régimen político que permitiría procesar el conflicto sin negarlo. Mientras que una perspectiva desde la filosofía de la democracia radical¹ plantea que el campo democrático se constituye como forma de articulación incesante entre momentos/espacios de conflictividad política y puntos de ordenamiento/cristalización institucional; en otros términos, se trata de la conjunción de una multiplicidad de antagonismos y disputas con las instancias y las

* Sociólogo. Centro de Investigaciones CIUDAD. Este trabajo está basado en mi tesis (2002) de Maestría en Ciencia Política, "Representaciones, prácticas y discursos del conflicto en el Ecuador democrático: el taurazo (1987)", de la Universidad Internacional de Andalucía – España.

¹ Tal filosofía de la democracia presupone la imposibilidad de constituir la sociedad como un conjunto cerrado, totalizado y autosuficiente en la medida en que la diferencia y el conflicto jamás desaparecen de su seno: "la remanencia del antagonismo, al imponer *desde siempre ya* la estructura de la falta en el seno mismo de la sociedad es lo que vuelve a la democracia *al mismo tiempo* posible e imposible" (Bostells Ibid.: 99). (La cursiva es del autor).

formas de regulación institucional a las que aquellos cuestionan de modo permanente. La democracia ha de definirse, entonces, por el reconocimiento colectivo de la irreductibilidad del conflicto social y la correlativa necesidad de institucionalizarlo (Merquior 1982).

Se ha reconocido que la conflictividad ocasiona, en todo ordenamiento democrático, un efecto de desbordamiento de la política -que la conduce más allá de los límites del Estado o del sistema político (Ver: Ardit 1995; Castoriadis 1997; Lefort 1986). Este 'exceso de política' -en la medida en que el antagonismo se muestra como ineludible y como un diferendo para el que no hay litigio posible (Bostells 2001)- sería señal particular y expresa del campo de la política democrática, a saber, constituye a "la democracia como una forma cualitativamente superior, como la *radicalización de la política*" (R. Maíz 2001: 93. Cursiva en el original).

El conflicto es, por tanto, el afuera constructivo de todo ordenamiento político y no el lugar 'patológico' en que se cancela la producción de una institucionalidad. Es en su existencia reconocida que la democracia abre el juego para su propio cuestionamiento -es por ello que 'lo instituido' nunca llega a ser 'lo establecido'-, deja instalada la posibilidad de su perfectibilidad y se coloca como parte de los procesos de autoconstitución de lo social. De ahí que la democracia pueda ser entendida como un sistema de incertidumbre relativa (como efecto de los incontrolables resultados y efectos de la conflictividad) normativamente regulada (ahí el lugar de lo institucional) (ver Maíz Ibid.).

Desde esta perspectiva cabe señalar que la democracia no está amenazada únicamente cuando existe un déficit de consensos y de adhesión sobre las instituciones y valores que la organizan, sino cuando su dinámica agonística es obstaculizada por férreos consensos (Mouffe, 1999) o por una sobre-regulación institucional².

La centralidad sociopolítica del conflicto lo convierte en un objeto de estudio de particulares condiciones como para proyectar las



estructuras y los procesos que sostienen a las democracias realmente existentes (ver Sánchez-Parga 1998), tanto en sus características institucionales, en las relaciones de poder que entrelazan los diferentes actores y en sus modos de significación de la vida democrática.

De ahí que, por medio de la comprensión de las formas y características que adoptan la producción, procesamiento y resolución (o no) de la conflictividad política sea factible poner en evidencia, no solo los intereses, recursos, objetos y actores en disputa, sino además, las diferentes culturas políticas que moldean su morfología e intervienen en su gestión. Cabe situar la orientación analítica del problema, entonces, dentro de las relaciones específicas entre los marcos institucionales y las culturas políticas (en su función de modulación, canalización y regulación del conflicto).

No se trata sin embargo -tal y como lo han sugerido otros trabajos sobre la democracia ecuatoriana (Sánchez-Parga Ibid.; Sánchez

2 Para una interpretación de los excesos institucionales en la gestión de la conflictividad del movimiento indígena ecuatoriano ver, por ejemplo, Franklin Ramírez Gallegos (2001).

López 2001)-, de dirigir el análisis hacia la determinación de las tendencias ‘contractuales-dialógicas’ o ‘confrontacionales-combativas’ que predominarían y definirían a *la cultura política ecuatoriana*, lejos de ello, se procura más bien entender los modos en que las culturas políticas existentes, a modo de ‘gramáticas particulares’(ver Morán 1996/1997), inciden e intervienen en el desenvolvimiento mismo de la conflictividad política. ¿Cómo se ponen en juego tales modos culturales para significar y representar la turbulencia política? ¿Qué discursos, prácticas e imágenes se derivan de tales gramáticas y en qué modo son activadas y utilizadas a medida que el conflicto se despliega?

Por conflicto político entiendo, siguiendo a Ch. Tilly (1998), todas las ocasiones en que: 1) algún grupo de personas realiza reivindicaciones colectivas públicas visibles sobre otros actores (si estas reivindicaciones se cumpliesen afectarían los intereses de estos últimos); y 2) al menos una de las partes afectadas por tales reivindicaciones, incluidas terceras partes, es un gobierno (Ibid.: 39). Así, la conflictividad política revela la existencia de reivindicaciones en disputa, que consisten en declarar determinadas preferencias con respecto a otros actores (demandas, ataques, peticiones, súplicas, señales de apoyo o resistencia y declaraciones de compromiso) ³.

Es preciso señalar además, y con ello pretendo tomar distancia de los análisis instrumentales de la política que sitúan a la conflictividad de los modernos sistemas políticos como asociada fundamentalmente a la disputa por la escasez de recursos, que los conflictos deben ser vistos como confrontaciones acerca de los sentidos y orientaciones de la vida pública. Existen pues, en los carriles paralelos a los de las confrontaciones por intereses, una serie de batallas de significación -en las que se

expresan las identidades, comunidades, experiencias, memorias, tradiciones de los diversos grupos sociales- por medio de las cuales los procesos políticos son cargados de sentidos específicos.

En una línea similar se pronuncia Eyerman cuando señala que “los cambios de ‘significado’, esa lucha por ‘definir la situación’, pueden constituir en sí mismos un aspecto fundamental del poder y del cambio social” (1998: 140). La vida política no consiste sólo en elecciones e intereses sino en representaciones: “...la necesidad o el interés no deviene necesidad o interés social sino en función de una elaboración cultural, de un sistema de significaciones imaginarias que valorizan y desvalorizan, estructuran y jerarquizan preferencias y bienes articulándolos como intereses” (Maíz, Ibid.: 81).

Es desde esta perspectiva, que se puede señalar que el conflicto político está atravesado por, y es producto de, una serie de culturas políticas disímiles en sus modos de expresión, que se hallan confrontadas con respecto a los significados y representaciones de los acontecimientos específicos, de las relaciones de poder y de la vida política / el campo democrático en general.

En este sentido, cabe situar al menos cuatro orientaciones conceptuales y metodológicas, respecto de las formas en que se ha desplegado la categoría de cultura política en el análisis del conflicto político:

- Las culturas políticas son producciones colectivas, asentadas en determinados contextos de interacción social, generadas en el marco de las articulaciones entre instituciones-organizaciones y redes, y compuestas de repertorios de identificación, de narración y de representación, de reserva de saberes y de un cúmulo de experiencias (Cefaï 2001: 98). Los actores sociales son modelados por ellas, en determinados contextos de experiencia y actividad, pero a su vez las renuevan por medio de determinadas competencias, compromisos, críticas que giran en torno de las ‘estructuras

3 Por lo tanto el conflicto político abarca revoluciones, rebeliones, guerras, disputas étnicas, movimientos sociales, campañas electorales, huelgas, cierres patronales, incautaciones, marchas, tomas, y otras formas de interacción (Tilly Ibid.: 39).

de pertinencia⁴ de sus marcos de significación y de la pragmática específica con que cualifican a objetos, personas, situaciones y procesos políticos.

- En una perspectiva más sociológica, las culturas políticas deben ser estudiadas a partir de sus especificidades en cuanto a territorios, anclajes sociales, tradiciones, instituciones y organizaciones en un modo tal, que sea posible trazar sus movimientos temporales y sus variaciones contextuales. Se trata de colocar el análisis de las relaciones entre cultura y política a partir de su inscripción en espacios y tiempos, de sus mecanismos de concreción y difusión entre grupos y generaciones, y de sus modos de funcionamiento por medio de determinados dispositivos de actividad práctica e interpretativa.
 - Las culturas políticas aparecen indisolubles de sus usos pragmáticos y estratégicos. En contra de una visión que alude a la cultura política como una instancia que no abarca la acción propiamente tal, sino solamente las orientaciones para la acción (Ver Lechner 1987), se plantea un enfoque que pone el acento en la dimensión práctica-material de la cultura política, en tanto conjunto de programas operacionales o algoritmos que permiten a los actores sociales inventar, crear y desarrollar respuestas adecuadas a circunstancias nuevas. Se pone de manifiesto que gran parte del bagaje intelectual y afectivo de las personas está constituido por pragmáticas más que por normas y valores que proporcionarían respuestas fijadas de antemano a los problemas de la existencia cotidiana (Bustamante 1996). La idea bourdieusiana del *habitus* remite, precisamente, a aquel ‘con-
- junto de disposiciones adquiridas y duraderas’ que guían la acción social mientras la ajustan / adecuan de modo espontáneo a las condiciones objetivas de su realización. Se trata de un continuo proceso de invención sociocultural limitado por condiciones objetivas aprehendidas a través de esquemas socialmente constituidos que organizan las percepciones. El *habitus* aparece así como producto de la historia a modo de “hipótesis prácticas fundadas sobre la experiencia” social de los individuos y los colectivos (Bourdieu 1991: 91-111).
- Las diversas capacidades prácticas e interpretativas que desarrollan los actores en su relación con el campo de lo político pueden comprenderse como modalidades específicas y razonalidades de participación política, de disputa de determinadas posiciones en una comunidad política y, por tanto, como formas sustantivas de implicación ciudadana en la vida pública de sus sociedades.

Estas advertencias abren la posibilidad de diseñar ‘mapas o cartografías de la cultura política’ (Sousa Santos 1991; Lechner Ibid.) en los que se precisen, además de los contextos espacio temporales de experiencia y actividad de los actores, las conexiones o síntesis que se operan entre ‘instituciones-organizaciones-redes’ y ‘prácticas-experiencias-discursos-representaciones’ en un modo tal que se puedan evidenciar sus morfologías cambiantes, sus líneas de transformación y fuga, sus modos jerárquicos de agrupación y sus herramientas y mecanismos de constitución, propagación y contestación. Todo ello permitiría matizar simultáneamente las metáforas organicistas y holistas del funcionamiento de los esquemas culturales y las visiones excesivamente instrumentalistas de la cultura como una caja de herramientas siempre manipulable⁵.

4 La ‘estructura de pertinencia’ alude a los cuadros interpretativos y pragmáticos con que los actores definen una situación y se posicionan ante ella (en términos de elecciones y preferencias); no se trata de códigos pre establecidos que se imponen a los actores bajo la forma de consensos sobre formas de objetividad y moralidad, sino de esquemas de pertinencia que se ajustan a las coordenadas del contexto (Cefäf Ibid.).

5 Ver A. Swidler, 1996/1997, para un tratamiento instrumental de la cultura política.

Las culturas políticas como polifonías discordantes

Aún a pesar de que el estudio tuvo un carácter experimental y exploratorio -sobre todo en términos de la estrategia de investigación utilizada- y de que aún no se ha trazado un análisis histórico-comparativo con relación a otros conflictos en el período democrático, quisiera plantear algunas ideas generales acerca de las culturas políticas en Ecuador. Tales reflexiones deben ser tomadas como un punto de partida para profundizar, en el futuro, estudios que tomen distancia de los argumentos normativos y teleológicos producidos desde las perspectivas convencionales y dominantes en los estudios políticos locales⁶.

Así, cabe sostener en primer lugar, que en el país las culturas políticas se expresan como una diversidad de estrategias, representaciones y racionalidades -una ‘polifonía discordante’- con la que los actores sociales y políticos se vinculan con el mundo de la política. Los lamentos sobre la fallida construcción de *una cultura política democrática* solo ocultan tal pluralidad de modos y estilos de involucramiento en los asuntos públicos nacionales.

Ello tiene implicaciones, que tal vez puedan no gustar a los adeptos al discurso de la gobernabilidad, con relación a admitir que el espacio de la confrontación y la disputa respecto de las significaciones de la democracia está abierto y que ello forma parte de su mismo proceso de construcción, consolidación y negación. Tal margen de disputa / disenso, entonces, debe ser explorado desde la óptica de los estudios culturales de la democracia, no como una anomalía o disfunción entre el sistema político y los discursos y representaciones de sus actores, sino más bien como uno de los rasgos constitutivos de tal relación.

De este modo, debe quedar claro que la imagen del desfase entre una cultura política tradicional, arcaica y antiinstitucional y un marco normativo tendencialmente democrá-

tico -imagen ya instalada en los diagnósticos convencionales de la democracia ecuatoriana- no sólo oculta los puntos específicos de intersección entre ambos espacios sino que deshisoriza sus desarrollos concretos.

Quiero decir con esto que aún cuando las culturas políticas absorban y desplieguen repertorios madurados en el largo plazo, muchas de sus características son remodeladas, tal vez de modos imperceptibles, según la trama de relaciones entre la institucionalidad política, las líneas de poder social y los usos específicos que los actores las destinan según las situaciones que enfrentan. En el caso analizado resulta obvio que el régimen político (el gobierno de Febres Cordero, 1984-1988) experimentó una contracción en sus tendencias de apertura democrática y que, en el terreno de los procesos culturales, se generaron una pluralidad de constelaciones que sostenían tal dinámica y otras que la socavaron, la contestaron; y circularon, incluso, relatos democratizantes.

Tal idea permite postular la existencia de una fuerte incidencia de los marcos normativos y dispositivos institucionales en la construcción de una parte de las culturas políticas y, a su vez, la relativa autonomía de algunos de sus segmentos que, más bien, estarían siendo producidos/moldeados desde otros textos y procesos culturales presentes en las esferas públicas (memorias colectivas, culturas institucionales, ideologías, experiencias políticas, etc.). Otro modo de enunciar tal idea sería sostener que el ordenamiento político afecta de formas y niveles diversos a las gramáticas culturales existentes y en formación. Ello apunta a negar la idea de *la cultura política* como un puro terreno de obstáculos al proceso de democratización -imagen homogeneizante, si las hay- y a plantearla como encubridora de la historia del desarrollo institucional de la democracia ecuatoriana (repleta de candados autoritarios) y como un intento de estandarización de las disímiles estrategias y representaciones culturales de la democracia.

Por otro lado, partir, de modo deliberado, desde una mirada de lo político no centrada

⁶ Para una crítica de las visiones dominantes sobre la cultura política ver Andrade (2001); Ramírez (1999).

en la esfera pública oficial y plantear, más bien, su interacción con una multiplicidad de esferas públicas semioficiales, autónomas, contrahegemónicas o débiles⁷ facilita la comprensión y ubicación de una serie de espacios, lugares, y modos de participación ciudadana -no dependientes de los canales institucionales fijados para el efecto- que obligarían a matizar, por lo menos, la recurrente aseveración de la nula / escasa participación de los actores sociales en las cuestiones democráticas en Ecuador.

No cabe afirmar que únicamente las modalidades de participación que atraviesan e inciden en la toma de decisiones públicas y en su gestión y evaluación posteriores deben ser consideradas como prácticas ciudadanas o de participación efectiva. El diálogo democrático requiere, imposible negarlo, de esferas públicas fuertes (aquellas en las que se toman decisiones) y fortalecidas por la presencia ciudadana; sin embargo, las interacciones discursivas operan además -y es deseable que así sea-, alrededor de espacios autónomos, con sus propias fórmulas comunicativas, sus debates políticos específicos y usos diferenciados de la información y el conocimiento allí construidos. Tales esferas públicas débiles (construyen opinión pública sin incidir en la toma de decisiones) asedian y regulan, desde los márgenes del sistema político, el despliegue y desenvolvimiento del poder y, sobre todo, no son funcionalizadas por sus necesidades estratégicas.

El rumor, el chisme, el humor y las redes comunicativas asociados a ellos, entre muchas otras prácticas políticas presentes en el país, deben ser colocados como repertorios de movilización y participación política que sostienen y fortalecen la autonomía de ciertos escenarios públicos, informan a los ciudadanos sobre las cuestiones de interés colectivo y permiten así su posicionamiento reflexivo en la opinión pública. Se trata de modos no oficia-

les de inclusión de los ciudadanos en el juego político; su importancia es mayor en contextos de violencia y autoritarismo político (tal como en el caso analizado).

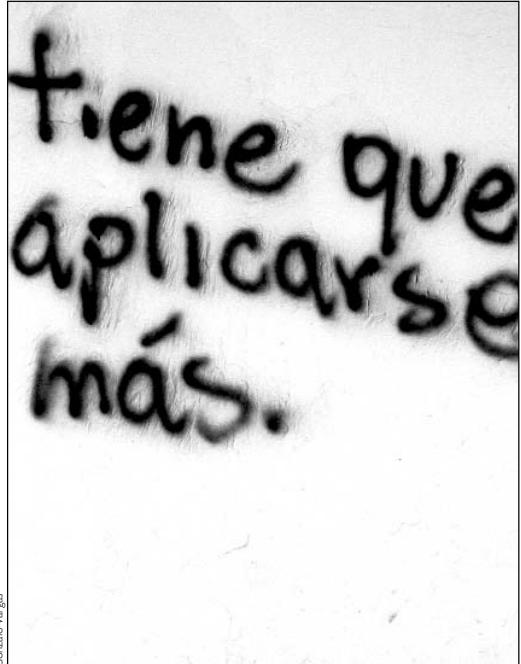
La ampliación de la ubicación espacial de lo político, por la vía de Habermas pero en su contra, ha permitido además visibilizar una serie de discursos que, al bordear los límites del sistema político, hacen una referencia diversa de él: eufemización y goce, caricatura y vulgaridad, chisme y pornografía, se pasean públicamente como narrativas de emergencia y contestación del poder desde estrategias específicas, vocabularios locales/populares y categorías idiosincráticas. La distancia de los cuerpos estatales es recortada desde el juego y el secreto, fantasía mediante, de las intimidades del poder. ¿Banalización de lo político? ¿Irreverencia ante la solemnidad del poder? Las expresiones culturales de lo político, en cualquier caso, se diseminan, bifurcan y localizan en una multiplicidad de lugares no previstos, que re-significan sus contenidos en diversos grados.

Tal comprensión discursiva de la cultura política no debe ser vista como una apuesta por una comprensión ideacional de aquella. Se busca más bien intercalar el lugar de lo puramente narrativo con el despliegue de prácticas y repertorios específicos con los que se materializan las culturas políticas. La coincidencia o disyunción entre discursos y prácticas políticas puede ser un terreno fértil, y aún poco explorado en el medio, para el análisis de las pragmáticas democráticas contemporáneas asentadas en los juegos y *performances* mediático-televisivos de sus líderes⁸.

La convivencia de culturas políticas, representada como una ‘polifonía discordante’, debe ser pensada como una pluralidad de sentidos/argumentos/contenidos y significaciones que politizan, de modos confrontados, los

7 Respecto de la relación entre esferas públicas y democracia, ver: Costa (1995); Calhoun (1992); Habermas (1992, 1996); Fraser (1997); Somers (1993).

8 Tal como sostiene A. Giddens: “las elaboraciones más importantes por lo que toca a la teoría social no demandan tanto un giro hacia el lenguaje cuanto una visión distinta de la intersección entre decir (o significar) y hacer, a fin de ofrecer una concepción novedosa de la praxis” (1995: 23).



ámbitos de lo social y, a la vez, como la irreductible presencia, en su interior, de estilos, modos, herramientas, lenguajes, vocabularios, dispositivos, repertorios, experiencias, memorias, identidades, imaginarios que los tensan, los fracturan e impiden una configuración nítida y homogénea de sólidos bloques culturales.

En el conflicto analizado, cabe señalar que la articulación de contenidos y prácticas al interior de las expresiones culturales del conflicto político se sitúa y puede ser observada desde sus anclajes específicos en redes institucionales (partidos, movimientos, organizaciones) y funciones estatales (Poderes Ejecutivo y Legislativo, organismos de control, etc.), así como según las necesidades y usos para evidenciar y activar posiciones de poder y contestación en el transcurso de la conflictividad. Tal constatación, sin embargo, deberá ser matizada y observada, a futuro, desde las continuidades y rupturas en el tiempo de tales dinámicas organizativas y de los trastornos o persistentencias de las líneas de poder en la sociedad.

Redes institucionales y necesidades estratégicas, no obstante, están atravesadas y conectadas por filamentos culturales, más o menos subterráneos y, seguramente, más sólidos

y sostenidos en el tiempo. Se trata de algo así como *sustratos representativos*, con orígenes más profundos y desplazamientos graduales, que los diversos actores sociales y políticos comparten de un modo muchas veces inconsciente -lo que, por tanto, debilita una posible explicación estratégica de su persistencia- y que, más aún, podrían ser enunciados como componentes ‘estructurales’ de las culturas políticas de la sociedad⁹.

Así, aún cuando una serie de nexos y pasadizos conectan las representaciones políticas, la idea de una cultura política nacional queda colocada más como una configuración normativa -un dispositivo de normalización política desplegado desde ciertas élites intelectuales y políticas- que como un supuesto analítico: la diversidad, la diferencia y el antagonismo entre diversos conjuntos representacionales y regímenes significativos parece ser la marca por excelencia del mundo de las culturas políticas.

El potencial heurístico del conflicto

El ruido característico de las sociedades democráticas -en especial si se lo compara con los susurros y voces cautos de los regímenes cerrados- deviene de inevitables confrontaciones y conflictos políticos en los que actores sociales, partidos, movimientos muestran su rivalidad y diferencias, a la vez que las procesan, en torno a situaciones de poder. La rivalidad, el disenso y la disputa política no confrontan únicamente intereses contrapuestos o pugnas por la escasez de recursos sino además, proyectos de sociedad, orientaciones de sentido, definiciones de las situaciones beligerantes y/o sistemas de representación y significación.

9 Lealtades patrias y mitologías de unidad nacional, además del recurso a lo militar como sostén / garante del poder instituido, y la ‘sobre masculinización’ del conflicto político constituirían pasadizos vinculantes entre las culturas políticas específicas identificadas en el proceso estudiado.

De ahí que la opción por estudiar el conflicto político como vía para desarrollar una óptica desde la cultura política en el análisis de la democracia ecuatoriana apunta a captar, observar y comprender la conjunción y despliegue público de voces disímiles -mucho ruido- que componen el espacio político.

El conflicto deconstruye el espacio y los flujos de comunicación política; a su alrededor, múltiples actores son interpelados -atacados, contestados, defendidos, elogiados, etc.- y marcados, de modo público, en función de sus identidades y roles políticos: autoridades desafiadas, opositores situados, líderes ridiculizados, alianzas invocadas. En este proceso, los enmarcados culturales y los modos de representación juegan un rol de capital importancia: actores políticos se definen con relación a mitos y símbolos ampliamente compartidos y, simultáneamente, su conducta simbólica constituye un elemento estratégico imprescindible en la propia competencia política.

De ahí que indagar este nivel ‘cultural-simbólico’ de la vida democrática a través de conflictos políticos específicos, permite captar la versatilidad y diversidad de tales modos de representación y significación de la vida política, a la vez que, observar el lugar que ocupan en cuanto pragmáticas específicas e hipótesis prácticas a disposición de los actores sociales en función de las situaciones que atraviesan. De este modo, el conflicto permite observar la dimensión instrumental y estratégica de las culturas políticas en cuanto asociadas a lecturas e intervenciones específicas a las que obligan las dramáticas coyunturas políticas.

En efecto, acudir a los conflictos políticos para ‘mirar’ las gramáticas culturales específicas con las que los actores se vinculan con el mundo de la política supone colocarlas en relación con prácticas y usos específicos, y no únicamente como orientaciones normativas despegadas de la acción social. Las constelaciones de cultura política movilizadas alrededor del conflicto político, por tanto, pueden (y deben) ser definidas por sus contenidos discursivos / representacionales, por su inciden-

cia y funcionalidad en el desenvolvimiento y gestión del conflicto y por las prácticas y repertorios -los dispositivos interpretativos- con los cuales se hacen efectivas de modo público.

Así, ‘la estructura de temporalidad’¹⁰ del conflicto se desplaza y se moviliza, no sólo en relación a los objetos específicos en disputa, sino de las estructuras de significación emergidas y provocadas a su alrededor. La instancia del conflicto suscita, resucita y descubre la capacidad y los potenciales interpretativos de los ciudadanos: la política se come y se bebe en horas distintas a las de los noticiarios y en lugares y formas diferentes de los que habitualmente se conocen. El ruido político se exacerbaba, se intensifica y se hace público. El espacio del conflicto marca, así, ese exceso de política propio de las sociedades democráticas. La ‘densidad interpretativa’ de determinado conflicto puede ser señal, incluso, de su relevancia y de su impacto políticos en la legitimidad de las bases institucionales de la democracia y en los imaginarios, memorias y representaciones colectivos sobre la vida pública.

Una lectura cultural del conflicto en el espacio democrático abre, adicionalmente, la mirada hacia dos cuestiones de fundamental importancia en las relaciones entre los procesos culturales y la vida política: el problema de la legitimidad del orden y aquel de la hegemonía y la resistencia.

Así, al hurgar en las representaciones construidas alrededor del conflicto es posible, además de evidenciar las ‘fisuras’ y ‘fugas’ en el reconocimiento / aceptación ciudadano de las instituciones, comprender los modos en que las sociedades estructuran la comprensión del lugar, de la función, del sentido del conflicto en el régimen democrático. ¿Existen culturas

10 Tal noción alude a los usos de las memorias subjetivas y colectivas, y a los modos de actualización, innovación y reactivación de historias específicas de grupos, colectividades y objetos; hace alusión, además, a la estructuración de esquemas de conocimiento, puntos de ubicación, y referentes de acción que permiten a los actores sociales orientarse e intervenir de manera adecuada en las coyunturas que enfrentan: “las culturas políticas emergen y se transforman en tales contextos temporales” (Cefäi. Ibid.: 95).

de legitimación del conflicto o resistencias culturales a su legitimación? La visibilidad aceptada (o no) de las turbulencias y las controversias que recorren el escenario político puede, de este modo, ser situada y comprendida en y desde el mismo discurso de los sucesos que las explican y caracterizan.

Evidentemente, lo anterior se liga con la forma en que los sujetos políticos articulan líneas de poder y contestación en la perspectiva de configurar campos hegemónicos. El momento del conflicto político deja traslucir los modos en que los sectores hegemónicos se esfuerzan por asegurar su dominación y vigilar los mecanismos de legitimación de los aparatos políticos que controlan. Conflicto de por medio, algo se subvierte y se perturba en el estado vigente de las relaciones de poder: el consentimiento y la aceptación de los términos del juego político decrecen a la vez que puntos de fractura y resistencia, no-oficiales / contrahegemónicos, intensifican y publicitan su movilización opositora. El estudio de las representaciones culturales del conflicto permite, entonces, documentar los modos de defensa y contestación de las líneas de poder social.

Es por todo ello que el conflicto político aparece como un prisma que *refracta y proyecta*: a) las condiciones estructurales de su emergencia, radican allí el lugar y la importancia de observar las instituciones, normas y reglas del juego político; b) las líneas de fractura y articulación política entre los principales actores del sistema, ahí el problema del poder, la hegemonía y la resistencia, de la legitimidad y la contestación, de las múltiples posiciones de sujeto (identidades políticas en movimiento y movilizadas); y c) las cargas representativas y simbólicas que los actores despliegan como marcos comprensivos y estratégicos con los que pueden situarse en el curso de la conflictividad.

Quisiera plantear, entonces, al espacio-/momento del conflicto político como recurso fundamental para captar -y fundir- la dimensión disociadora y agonística de las esferas de la cultura y de la política, de un modo

tal que -para su comprensión- sea preciso desagregar y reconocer tanto la pluralidad de sujetos y voces, de prácticas y discursos (el lugar de la cultura) que tematizan, en inagotable tensión, la conflictividad en curso, como los efectos que ellos van produciendo en el desenvolvimiento y gestión (el lugar de 'la política') de los mismos conflictos.

Estudiar la dinámica de la cultura política con relación a conflictos políticos concretos apunta, así, a dar cuenta de los múltiples y disímiles modos con que los actores sociales y políticos leen, se vinculan, participan y juegan con la vida política de la nación: cómo responden a los imperativos de la política institucional, y cómo se sitúan dentro de las relaciones de dominación, poder y control que emanan de los cuerpos gubernamentales.

Bibliografía

- Andrade Xavier, 2001, "Adiós cultura y hasta la vista cultura política. Sobre el tratamiento sociológico del regionalismo y populismo en Ecuador", *Revista Nueva Sociedad* 175, Caracas.
- Arditi, Benjamín, 1995, "Rastreando lo político", en *Revista Sociedad y Política*. México D.F: Universidad Iberoamericana.
- Bostells, Bruno, 2001, "Democracia radical. Tesis sobre la filosofía del radicalismo democrático", *Revista Metapolítica* 18. México: CEPCOM.
- Bourdieu Pierre, 1991, *El Sentido Práctico*, España: Taurus.
- Bustamante, Fernando, 1996, "La cultura política y ciudadana en el Ecuador", en *Ecuador: un problema de gobernabilidad*, Quito: CORDES-PNUD.
- Calhoun, Craig (ed.), 1992, *Habermas and the public sphere*, Cambridge, MA: MIT Press.
- Castoriadis, Cornelius, 1997, "La democracia como procedimiento y como régimen", en *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.

-
- Cefaï, Daniel (ed.), 2001, *Cultures politiques*. Paris: PUF.
- Costa Sérgio, 1995, “A democracia e a dinâmica da esfera pública” en *Lua Nova revisita de cultura e política* 36. São Paulo.
- Eyerman, Ron, 1998, “La praxis cultural de los movimientos sociales”, en P. Ibarra y B. Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta.
- Fraser Nancy, 1997, *Justice interruptus: critical reflections on the postsocialist condition*. London: Routledge.
- Giddens, Anthony, 1995, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Habermas, Jürgen, 1992, “Further reflections on the public sphere”, en *Habermas and the Public Sphere*, Craig Calhoun (editor), Cambridge.
- _____, 1996, “Civil society and the Public Sphere”, *Between facts and norms*, MIT.
- Lechner, Norbert (compilador), 1987, “Presentación”, en *Cultura Política y democratización*. Santiago-Chile: FLACSO-CLACSO-ICI.
- _____, 1997, “El malestar con la política y la reconstrucción de los mapas políticos”, *Culturaspolíticas a fin de siglo*, Rosalía Winocur (coordinadora). México D.F.: FLACSO.
- Lefort, Claude, 1986, *Essais sur le Politique XIX – XX siecles*. France: Editions du Seuil.
- Maíz, Ramón, 2001, “Democracia participativa. Repensar la democracia como radicalización de la política”, *Revista Metapolítica* 18. México: CEPCom.
- Merquior, J. G., 1982, *A Natureza do Proceso*. Río de Janeiro.
- Morán, María Luz, 1996/97, “Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural”, en *ZONA Abierta* 77-78. España: ARCE.
- Mouffe Chantal, 1999, *El Retorno de lo Político*. Madrid: Paidós.
- Ramírez Gallegos, Franklin, 1999, “Explorando en un agujero negro: hacia una crítica de las visiones dominantes sobre cultura política en el Ecuador”, en *Revista Iconos* 7. Quito: FLACSO – Ecuador.
- _____, 2001, “Las paradojas de la cuestión indígena”, *Revista Nueva Sociedad* 176, Caracas-Venezuela.
- Sánchez López, Francisco, 2001, “Una democracia en busca de actores: reflexiones sobre el proceso político ecuatoriano a partir de la transición”, *Revista Iconos* 12. Quito: FLACSO.
- Sánchez-Parga, José, 1998, *La Pugna de Poderes*, Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Somers, Margaret R., 1993, “Citizenship and the place of the public sphere: Law. Community and Political Culture in the transition to democracy”, *American Sociological Review* # 58.
- Sousa Santos, Boaventura de, 1991, “Una cartografía simbólica de las representaciones sociales. Prolegómenos de una concepción posmoderna del derecho”, en *Revista Nueva Sociedad* 116. Caracas.
- Swidler, Ann, 1996/1997, “La cultura en acción: símbolos y estrategias”, en *ZONA Abierta* 77/78. Madrid: ARCE.
- Tilly, Charles, 1998, “Conflictos políticos y cambio social”, en *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, en P. Ibarra y B. Tejerina (eds.). Madrid: Editorial Trotta.